

El presidente Velásquez

Ramón J. Velásquez ha sido exaltado, como hemos visto, al Solio de Bolívar. Es, pues, el Presidente de la República. Apenas ha comenzado a despachar desde Miraflores. Todo el país ha visto el suceso con satisfacción. Y, sin reservas, lo ha aplaudido. Tiene, de sobra, razón. La tensión que vivía, hasta hace unos pocos días, ha bajado. En forma visible, palpable, positiva. Venezuela está, así, contenta de haberse merecido, en hora tan oportuna, tamaño Jefe del Estado. Este no lo está menos: la Presidencia de la República formaba parte, desde hacía tiempos, de sus sueños.

El doble contento, el de la Patria y el del Presidente, se justifica. Ramón J. Velásquez, dígame lo que se diga, es hombre excepcional. Ha sido, toda la vida, un Investigador de tiempo completo; y, en consecuencia, un Bibliógrafo de tiempo completo también; y del mismo modo se ha desempeñado como Historiador; y se ha desempeñado como Escritor; y se ha desempeñado como político; y se ha desempeñado como venezolano auténtico; y se ha desempeñado como verdadero tachirenses. Todo el país sabe esto. Todo el país ha sido testigo ocular de esto. Y todo el país sabe que estas siete condiciones no siempre se juntan en un solo individuo. Sobre ellas, precisamente, se fundamentan dos elementos de lo más significativos. La admiración que despierta el nuevo Jefe del Estado; y, claro está, la confianza nacional que inspira. Mucha atención, camaradas lectores.

El investigador que decimos nos ha regalado', entre otras cosas, con el "Boletín del Archivo Histórico de Miraflores"; el bibliógrafo, con la "Biblioteca de Autores y Temas Tachirenses"; el historiador, con "Los Héroes y la Historia", con "Individuos de Número" y con una obra magistral en esta especialidad: "La Caída del Liberalismo Amarillo"; el escritor, con las "Confidencias Imaginarias de Juan Vicente Gómez"; el político, con servicios invalorable en el Parlamento, el Gabinete, la Diplomacia, etc., el venezolano, con su intachable ejemplaridad; y el tachirenses, con la solidaridad total para con la tierra nativa.

Entre las obras citadas, la segunda es, sin apelación posible, monumental en cada uno de sus matices; la quinta, un análisis cabal, penetrante, apasionante en grado superlativo, de la política nacional durante la segunda mitad del siglo pasado: una realización indispensable para todo el que quiera saber qué hemos sido, políticamente, hasta la fecha. Y, en cuanto a las "Confidencias Imaginarias", éstas se salen de lote. En este libro singular aparecen, juntos y sin estorbarse, el periodista y el investigador, el historiador y el escritor, el venezolano cabal y el cabal tachirenses que es el Presidente de la República. Recordemos que los Presidentes de la República cultos que ha tenido Venezuela son: Mendoza, Bolívar, Vargas, Rojas Paúl, Andueza Palacio, Gallegos y Caldera. Siete no más. Velásquez es, pues, el octavo. Ahora bien. Con la excepción de Caldera, que hizo completo su período, los seis precedentes juntos no alcanzan un solo período.

Uno iras otro duraron un rato: seis, ocho, nueve meses. Esta circunstancia, indudablemente curiosa, la entra a prolongar el Presidente Velásquez con la que va a ir de aquí al venidero enero. Repetimos que el único Jefe del Estado culto que hizo período cabal fue Caldera. Pero, ¿no es cierto que una sola golondrina no hace verano? Venezuela, ahora más que nunca, es el país más inculto de toda Hispanoamérica. Pena, y grande, da comprobarlo todos los días en todos los aspectos de la vida. El Presidente Velásquez, con todo y lo que ya sabemos que es, y con toda la capacidad de servicio que nos ha demostrado, tiene en contra dos elementos tenebrosos. El uno es el tiempo. Nosotros no somos políticos, y presidentes mucho menos. Pero, ¿qué se puede hacer, lo que se dice hacer, en seis meses más o menos largos? El otro elemento es la crisis. Esta no ha dejado a salvo nada, absolutamente nada. Ni la administración ni la agricultura; ni la cultura ni la educación; ni la industria ni las relaciones internacionales. Todo esto prueba dos cosas. Una, sumamente grave: el sistema, a pesar de cuanto se repite en contrario con intención absolutoria, no funciona. Otra, no menos grave: la crisis nacional presente no es tarea para medio año. Es tarea para unas cuantas generaciones de venezolanos que, como el Presidente Velásquez, sepan con claridad absoluta qué es lo que la patria les ha puesto entre las manos.

En el Presidente Velásquez nos sentimos todos, en una y otra medida, representados. Hacía tiempos que no teníamos tan consoladora sensación. La circunstancia es de alborozo. Y, desde luego, de la más inquietante expectativa. Votemos, pues, como dicen las señoras piadosas, porque los dioses lo saquen con bien de su compromiso.